

VENTAS Y MESONES EN TIEMPO DE CERVANTES

Durante el siglo XVII, las ventas de caminos y los mesones eran puntos de encuentro de los más variados tipos sociales. El proverbial rechazo que suscitaron por la baja calidad de los servicios prestados al morador, de la que se hicieron eco tanto los escritores del Siglo de Oro como la cultura popular, se ha tomado en la actualidad en un atractivo más del mayor corredor ecoturístico de Europa: la Ruta del *Quijote*, declarada como Itinerario Cultural Europeo.



Grabado del Quijote.

Miguel de Cervantes, por su agitada y poco fácil vida, por su andar los caminos de la Mancha y Andalucía, es el primer testigo de la situación de nuestras ventas y mesones entre todos los escritores del siglo de Oro.

En ventas, que don Quijote tomaba por castillos, se desarrollan numerosas escenas de la primera parte de sus aventuras y también en posadas y figones se sitúan algunos escenarios de sus Novelas Ejemplares.

Los venteros gozaron de muy merecida mala fama, y así el primero que aparece en nuestro gran libro no podía ser una excepción. Según Cervantes no era castellano, sino andaluz "y de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleantes que estudiante o paje".

Contamos con muchos testimonios. Lope de Vega: "Salteador y ventero todo es uno". En *La vida de don Gregorio Guadaña*, leemos: "Saliónos a recibir o a robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por línea directa del mal ladrón, pero él era el mayor y el mejor en su linaje... Era príncipe de los salteadores". Y Quevedo insiste:

*Ventero murió mi padre,
Satanás se lo llevó
Porque no piense el infierno
Que hubo solo un mal ladrón.*

"¿Hállase algún ventero canonizado? -se preguntaba el doctor Suárez de Figueroa, contemporáneo de Cervantes-. Como habitantes del campo, son todos aves de rapiña y fieras de crecidas garras. ¿Qué cuidado puede ser bastante para enfrenar sus robos y demasías? Es forzoso permitirlos en tales desiertos, donde sin su socorro peligrarían las vidas de muchos caminantes, que fuera peor que las bolsas".

Lo curioso es que muchos de ellos habían sido cuadrilleros de la Santa Hermandad, lo que no era óbice para que robaran menos que sus otros compañeros. En el alivio VII de *El pasagero*, del doctor Suárez de Figueroa (1617), cuenta su vida un ladronísimo ventero y dice cómo entró en el ejercicio acompañado de su prójima la Meléndez: "Era la venta de un Veintiquatro de la Ciudad, mi conocido. Habléle sobre el negocio; vino en él de buena gana, y no sólo quitó del alquiler antiguo sino que me negoció un *salvo conducto para robar mas a plazer*. Este fue un título de hermandad que se me despachó con todos sus acostumbrados requisitos y circunstancias...". Y después de encarecer lo bien que le iba hurtando la Meléndez la cebada que se acababa de echar a las caballerías, adobando la carne mortecina de los contornos, aguando el vino y criando -¡eso sí!, recalca Rodríguez Marín- buenos pavos y capones para regalar a su veinticuatro y a otros conocidos de pluma.

"Todavía soy cristiano, aunque ventero", son palabras que honran al ventero cervantino Juan Palomeque el Zurdo, que todavía era cristiano, aunque en camino de dejar de serlo.

En aquellas novelescas ventas, se daba tranquilamente gato por liebre. Lo asegura Lope de Vega:

*Que soy ventero y de bien
Y de muy honrados tratos
En este que usando estoy,
Y no soy hombre que doy
A nadie liebre por gato.*

En general en estos antros se comía muy mal:

*La comida de la venta
Como siempre puerca y cara,
Porque el ventero era Caco
Y la mujer era caca.*

Los nobles y viajeros adinerados, cosa que nunca fue Cervantes, solían viajar con su propia recámara, a veces precedidos del aposentador que preparaba comidas y alojamiento. Nos lo contó Tirso de Molina, que pone en boca de un viajero estos aclaratorios versos:

*Pues yo siempre me prevengo
De sábanas y almohadas
Caseras por las posadas.*

Famosa para su mal fue la citadísima Venta de Viveros, a camino entre Madrid y Alcalá de Henares.

*Venta de Viveros,
¡dichoso sitio,
si el ventero es cristiano
y es moro el vino!
¡Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano
y el vino moro!*

RUIZ DE ALARCÓN, *Las paredes oyen*, escena XIV.

Tirso de Molina comienza su comedia *Por el sótano y el torno* con el vuelco de un coche cerca de esta venta. La alude también Lope, *Al pasar el arroyo*, y en ella acontecen los sucesos del capítulo IV del *Buscón*. Aparece también en *Guzmán de Alfarache, segunda parte, libro II, cap. VII*. “Llegamos -escribe Quevedo- a la media noche a la siempre maldita venta de Viveros. El ventero es morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con paz como aquel día... Metióme dentro y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregonos, de los de mantellina, buscando trazas para engullir”.

Esta venta compendia todo lo malo que podía encontrarse en los viejos caminos españoles. Allí se bebía, se jugaba y se robaba; lo mismo servía para burlas que para juergas, allí conseguían buena matrícula los pícaros antes de que la consiguieran los buenos estudiantes de Alcalá.

En *La ilustre fregona*, Cervantes nos habla de la venta de Tejada, sita en el camino de Toledo a Córdoba y cercana a las del Alcalde y del Molinillo, citadas también en *Rinconete y Cortadillo*.

Cervantes no tarda en presentarnos, ya en el segundo capítulo de la primera parte del *Quijote*, la primera venta y el primer ventero. El caballero, exhausto y hambriento, llega a la venta, que el creyó castillo, al atardecer: “Estaban acaso a la puerta dos mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada”. No tarda en saludarle el ventero, que por ser hombre gordo era pacífico y socarrón: “Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo

demás hallará en ella en mucha abundancia”.

Cervantes retrata de modo magistral a este primer ventero. No era castellano, sino andaluz, “y de los de la playa de Sanlúcar; no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje...”. Con tan pocas palabras quiere decirnos que era un pícaro de tomo y lomo, ya que la playa de Sanlúcar fue en tiempo de Cervantes, uno de los lugares más concurridos por los vagabundos y gente perdida y escuela de maleantes y ladrones de todo tipo. En esta venta es armado caballero don Quijote.

Siguiendo a don Quijote nos encontraremos con muchas más ventas y mesones, pero Cervantes no cambiará su opinión acerca de la maldad de los venteros, de la abundancia de sórdidos arrieros (que mantearán a Sancho), de la grosería de las Maritornes, o mozas de mesón, y en fin de la incomodidad y mal trato que los viajeros recibían en las mismas. “El ventero puso una mesa triangular; y en ella unos manteles de Etiopía (de puro negros)... Alumbraba la mesa un candil, tan cansado de vivir; que daba parasismos a cada instante. Gruñía de cuando en cuando un animal de bellota, y debajo de la mesa anda-

Siguiendo a don Quijote nos encontraremos con muchas más ventas y mesones, pero Cervantes no cambiará su opinión acerca de la maldad de los venteros, de la abundancia de sórdidos arrieros (que mantearán a Sancho), de la grosería de las Maritornes, o mozas de mesón, y en fin de la incomodidad y mal trato que los viajeros recibían en las mismas.

Puerto Lápice.



ban hijuelos suyos para derribarla”, nos cuenta el autor de la *Vida de Gregorio Guadaña*.

Los testimonios son abrumadores. “Díjele (a la ventera) que iba a la corte, que me diese de comer: Hízome sentar en un banquillo cojo y encima de un poyo me puso un barretero de horno, con un salero hecho de un suelo de cántaro, un tiesto de gallinas lleno de agua y media hogaza más negra que los manteles. Luego me puso en un plato una tortilla de huevos, que pudiera llamarse mejor emplastro de huevos”. *Guzmán de Alfarache. Cl. Cast. LXXIII, 109-110*.

Y Tirso de Molina, para terminar, dice que en las ventas se representa cada día la pasión de Cristo, “porque en aquella vendió un calabrés a su Maestro por treinta monedas; fue una vez ola; pero aquí cada día se venden inocentes pasajeros. Y hasta el nombre lo dice, pues no en valde se llama ventas en España las hosterías, y sus dueños venteros, que es lo mismo que vendedores.

Cigarrales de Toledo, 185.

Fueron innumerables las quejas de los viajeros. Toda nuestra literatura de la Edad de Oro abunda en lamentos y sátiras sobre el lamentable estado de las ventas y el comportamiento de los venteros.

En 1560, Felipe II dispuso que “para evitar los daños e inconvenientes que a los caminantes se siguen de no hallar en los mesones donde vienen a posar, los mantenimientos necesarios, y los ir a buscar fuera de ello, viniendo como vienen cansados..., Ordenamos... que en los mesones de estos reinos (...) puedan tener y vender para la provisión y mantenimiento de los caminantes (...) las cosas de comer y beber, así para sus personas como para sus bestias”. (*Nov. Libro VII, tit. XXXVI, ley VIII*).

A pesar de todo, las ventas siguieron prestando sus servicios, más bien malos que buenos, y, como hemos visto muchas de ellas pasaron a la historia. Y algunas, muy pocas, fueron famosas por su bondad. En esta rara minoría figura la de Arganda, donde, al decir de Moreto:

*Camas hay como mil flores
con rica ropa de Holanda.*

Su mala fama continuó durante los siglos XVIII y XIX. En *Los españoles pintados por sí mismos*, contamos con un artículo del Duque de Rivas, en el que comenta que desde la época de Cervantes, tanto las ventas como los venteros no habían experimentado sustanciales cambios. ●

En 1560, Felipe II dispuso que “para evitar los daños e inconvenientes que a los caminantes se siguen de no hallar en los mesones donde vienen a posar, los mantenimientos necesarios, y los ir a buscar fuera de ello, viniendo como vienen cansados..., Ordenamos... que en los mesones de estos reinos (...) puedan tener y vender para la provisión y mantenimiento de los caminantes (...) las cosas de comer y beber, así para sus personas como para sus bestias”.